

Javier Moscoso. Historia cultural del dolor. Madrid: Taurus; 2011, 383 p. ISBN: 978-84-306-0815-7, € 22.

Tras más de diez años de investigación y de exitosas intervenciones públicas sobre el tema, Moscoso nos ofrece su *Historia cultural del dolor*, publicada también en inglés —*Pain. A Cultural History* (Palgrave Macmillan, 2012)—. Y aquí el adjetivo posesivo es importante porque no estamos ante un relato histórico al uso, sino ante un provocador ensayo que, ilustrado con ejemplos tomados de un arco temporal de más de cinco siglos, reflexiona sobre la experiencia del daño.

El dolor propio o ajeno, del cuerpo o del alma, aceptado o impuesto se analiza como modulador básico de la experiencia vital y el objetivo de Moscoso es mostrarnos con qué estrategias retóricas se articula, en distintos momentos históricos, la experiencia del sufrimiento humano para que el dolor como realidad subjetiva e intersubjetiva, exista. La expresión cultural del dolor no es solo demostrativa sino que siempre es performativa necesitando, por tanto, para su existencia de herramientas persuasivas que garanticen el convencimiento de una audiencia que solo después de haber encontrado verdad en la certeza de quien sufre, podrá responder emocionalmente a su daño. Dirigir el análisis a las distintas formas culturales que en la historia han modulado la tensión entre la certeza y la verdad del sufrimiento es un ejercicio de epistemología histórica que permitirá, según Moscoso, superar los peligros de una historia cultural del dolor teleológica o de aquella que condenase a la disolución a su mismo objeto de estudio. Con este planteamiento, el libro aparece estructurado en ocho capítulos: *Representaciones, Imitación, Simpatía, Adecuación, Confianza, Narratividad, Coherencia y Reiteración*. Se completa con un prólogo, un emocionante *Post scriptum*, una exhaustiva bibliografía contenida en las notas finales y un índice onomástico. La edición de Taurus está muy cuidada tanto tipográficamente como en la iconografía que acompaña el texto. El orden de los capítulos es cronológico aunque el autor nos aclara que esta disposición no significa entender como progresión sino como sucesión, las formas «de materialización u objetivación de la experiencia lesiva [...] las modalidades retóricas que han permitido a lo largo de los siglos la comprensión cultural del sufrimiento humano» (p. 15).

En el primer capítulo se aborda la dramatización, según unas reglas precisas, de la construcción de la experiencia del sufrimiento y del ejercicio de la violencia y de su representación en el mundo medieval y renacentista. Tomando ejemplos de cinco ámbitos distintos, el teológico, el bélico, el judicial, el de la representación anatómica y el de la práctica médica, Moscoso analiza la función a la

vez cognitiva y emocional de las diferentes formas de dramatización del relato ejemplar del sufrimiento en cada uno de estos espacios. Y admite, con la melancolía que le da el vivir en la exhibición continua del dolor «sin esperanza» (p. 54) del mundo contemporáneo, que ni lo gratuito ni lo obscuro formaron parte de la representación del sufrimiento en aquel otro momento histórico. Tomando como hilo conductor los golpes de Alonso Quijano y las disciplinas, impuestas a sí mismas, de las beatas de la Contrarreforma españolas, Moscoso entiende que la imitación es la seña de identidad de la experiencia del sufrimiento en el siglo XVII, al que dedica el segundo capítulo. La representación pictórica, escultórica o literaria del dolor en el barroco no será en el análisis de Moscoso, reflejo de la experiencia de la sensación dolorosa, sino de la pasión imitativa, del deseo de ser el modelo sufriente (y heroico) que no se es y que nunca se llegará a ser.

Si las convenciones teatrales ayudan a plantear los dos primeros capítulos, poniendo el foco en los actores que representan o imitan, el tercero, ambientado en la Ilustración, se coloca al lado del espectador. Bajo el significativo título de *Simpatía*, Moscoso analiza el sufrimiento en el período ilustrado y sostiene, y lo hará así ya a lo largo del resto del libro, que no hay experiencia dolorosa sin testigo, que «allí donde no hay observador; el dolor no puede considerarse humano» (p. 86). En la Ilustración el espectador puede experimentar el sufrimiento ajeno y quien sufre, aún en soledad, no puede sentir sin que esa sensación no haya sido modulada en las expectativas de los otros. La medida del dolor queda fuera de quien lo sufre, en la mirada necesariamente distante de un público educado en nuevas reglas que ordenan la proporción (y ocultación) del castigo y del gusto. Y el análisis de distintos tratados de filosofía moral y de estética conformará el grueso de este relato. El resto de los capítulos se situarán temporalmente en los siglos XIX y XX.

El capítulo titulado enigmáticamente, *Adecuación*, analizará los intentos de objetivación y medida de la experiencia del daño a lo largo del siglo XIX, un período que califica como el siglo del dolor, tanto en las metrópolis como en las colonias. Un intento de objetivación del dolor que Moscoso entiende necesario para hacer un uso instrumental del mismo y que documenta en la nueva técnica fotográfica, en la pintura y novelas naturalistas, en los tratados médicos o en las crónicas de guerra. La fisiología, la psicología y la medicina decimonónicas van a ser las grandes protagonistas de la reflexiones de Moscoso en este capítulo donde la voz del sufriente que, con la adecuada distancia, pudo conmover a la audiencia del siglo XVIII, intentará acallarse ahora en un proceso de traducción mecánica a un sistema de medidas científicas. Si el medir permitió desentenderse del grito de quien sufre, el silencio completo del dolor se logró en este mismo

siglo con la aplicación de la anestesia y otras formas de alteración de los estados de conciencia.

Y al impacto no solamente médico sino cultural de estas intervenciones se dedica el capítulo quinto titulado *Confianza*. La relación entre lesión y expresión del daño se fractura definitivamente ilustrando nuevas formas de confianza y fraude. El dolor podía existir, pero ya no dejaba lugar al recuerdo. La conquista del dolor que, por otro lado, «garantizaba la forma de vida, intervenía en la educación, en la economía nacional, en el sistema colonial y en el trabajo diario» (p. 206), podía también hacerse desde el sometimiento voluntario al mismo. Moscoso articula su siguiente capítulo sobre el uso instrumental del dolor por parte del masoquista como medio para resignificar su experiencia sensorial total. El repaso de distintos materiales clínicos y relatos literarios, le permiten analizar las reglas retóricas y el ritual que conduce a una subversión radical de la economía fisiológica, al hacer que el sufrimiento físico del cuerpo no sea ya dolor sino placer. Sometimiento voluntario, indiferencia ante el dolor e incluso parafernalia punitiva podían ser compartidos por masoquistas y ascetas; sin embargo, Moscoso nos advierte con finura, del distinto aliento de los dos anhelos y del peligro del diagnóstico retrospectivo. A lo largo de todo el libro Moscoso insiste en el análisis de las distintas estrategias desplegadas por parte de quien sufre, provocadas por la necesidad de generar convicción en su audiencia para que el daño sea admitido como real.

Hasta el capítulo VII las lesiones visibles del cuerpo, sin duda, habían colaborado en este empeño. Sin embargo, a partir de aquí, Moscoso nos lleva a otro espacio, al del dolor sin lesión y al del daño sin conciencia del mismo. Dolores sin explicación que solo se sostienen en la coherencia del relato. Y *Coherencia* es el título del capítulo por el que desfilan los variados trastornos nerviosos de la segunda mitad del XIX de la mano de Benjamin Brodie, Sigmund Freud y Pierre Janet, entre otros. Un espacio de la experiencia donde lo que está en juego es la credibilidad de lo que el paciente cuenta, pero también, como Moscoso nos enseña, de lo que el médico sabe.

La ausencia de explicación genera desconfianza, pero también la falta de un final al sufrimiento como no sea el horizonte de la muerte, desestabiliza la lógica dramática del sufrimiento humano. Y aunque en todos los periodos históricos se pueden documentar enfermos a los que el dolor acompañó hasta su muerte, Moscoso sostiene de manera convincente, que solo el siglo XX es testigo del «enfermo de dolor». Un nuevo enfermo cuyo dolor crónico o terminal no tiene ni para quien lo sufre, ni para sus contemporáneos, ninguna utilidad, ni cognitiva, ni moral. A este tipo de enfermo y a la creación y desarrollo por parte de

la práctica médica, de la industria farmacéutica y del mercado cultural de esta nueva tipología de sufrimiento humano, es a lo que Moscoso dedica su último capítulo. Bajo el nombre de *Reiteración*, analiza cómo la propia existencia del dolor crónico depende de la creación, por acumulación de testimonios, de una narración colectiva homogénea que recupera la voz de quien sufre. Solo a través del testimonio de quien se duele es posible resignificar cultural y clínicamente el dolor en las sociedades postindustriales donde la exhibición obscena del sufrimiento y la analgesia del mismo, caminan de la mano.

Quizás el lector avisado no encuentre sorpresas llamativas en la elección de las fuentes que van sosteniendo la trama narrativa de cada uno de estos capítulos, pero el análisis radicalmente original de los mismos no le dejará indiferente. Como tampoco se puede sentir indiferencia ante la prosa inteligente, personalísima e irónica de Moscoso, que parece invitarnos a entender la lógica del sufrimiento humano, y cuando pensamos que eso nos salvará, nos deja a la intemperie haciéndonos recordar que ya nos advirtió al comienzo del libro sobre lo que parece cosa de magia en el teatro (p. 58). El marco conceptual es tan rico y complejo como el heurístico y desborda cualquier filiación disciplinar, aunque la voz sonora y sin complejos, de quien viene de la filosofía, domine sobre la más discreta del historiador. Y no podría ser de otra manera si, como nos aclara el *Post scriptum* que cierra el libro, la galería de actores secundarios, réplicas, decorado y tramoya desplegados en esta obra de un solo actor, tienen como última meta ayudarnos a poner orden en la experiencia del sufrimiento o de manera general, a poner orden «en el flujo de la vida» (p. 310). Ni más, ni menos. Difícil y ambicioso empeño que dan como resultado la propuesta más original y completa sobre el dolor publicada hasta la fecha. ■

Fernando Salmón

Universidad de Cantabria

Begoña Crespo García, Inés Lareo Martín; Isabel Moskowich-Spiegel Fandiño, eds. La mujer en la ciencia: historia de una desigualdad. Munich: Lincom Europa [colecc. Studies in Antropology n.º 15]; 2011, 155 p. ISBN: 9783862881017, € 67,60.

Como han mostrado los estudios de sociología del conocimiento científico, el proceso de institución académica de un campo interdisciplinar como «estudios